



NUM. 68



Ayuntamiento de Madrid



LOS DOS HIJOS



CONTINUACION



mino. Vicente y Gabriel iban de uno a otro lado haciendo lo que mandaba el señor Antolín. El chalán los miraba con insistencia. Al cabo de un rato, dijo al herrero: «Maestro, ¿le hacen a usted mucha falta estos muchachos?» «Hombre—contestó el señor Antolín—, si no los tuviera, podrían hacerme falta; pero como están aquí, no me hacen.» «Quería decir si los dos le son a usted precisos, porque a mí me convenía llevar un chico pa que me cuide las caballerías allá en la feria y ten-

ga ojo con ellas, que por esos sitios anda mucho pillo. Si supiera usted de un muchacho que quisiera venir..., le daría una peseta, y la comida, eso se sobreentiende.» Vicente se adelantó y dijo: «Padrino, si usted quiere, yo iré.» «No soy tu padre ni mando en ti; vé a decirselo a tu madre.» «Mira—dijo el chalán—, si has de venir, anda ligero, que no quiero detenerme.» Vicente salió y no tardó en volver, diciendo: «Mi madre ha dicho que si mi padrino me da permiso, que vaya, si es que no he de

pasar muchos días por ahí.» El chalán dijo: «Dentro de tres estaremos de vuelta. ¿Sabes tenerte derecho sobre un caballo?» «¡Ya lo creo—contestó Vicente.» Y para convencerle saltó ligero sobre el último que acababan de herrar. Gabriel le miraba en silencio. «Andando—dijo el chalán—» Salieron de la herrería y echaron calle abajo. El señor Antolín se puso en la puerta, y con él Gabriel, para verlos marchar. Vicente se volvió, y saludándoles con la mano gritó: «Adiós, padrino; adiós, Gabriel;



hasta la vuelta...» El señor Antolín miró a Gabriel y le pareció que estaba triste y pensativo. «Querías tú—le preguntó—haber ido a la feria?» «Yo, no, señor; estoy mejor aquí.» «Como te has quedado tan cabizbajo, creí...» «Es que pienso en mi hermano, señor Antolín, y siento que se haya ido.» «Anda, no te apures, que pronto le tendremos aquí.» Gabriel no replicó; se puso a trabajar y no volvió a despegar los labios hasta la hora de marcharse, al despedirse del señor Antolín. «Hasta ma-

ñana, muchacho»—le dijo el maestro con tono cariñoso—. Pasaron tres días, cuatro, cinco; el chalán no volvía. Gabriel estaba muy inquieto. La tía Tomasa fué a casa del señor Antolín para preguntarle qué podía hacer para averiguar si el chalán y su hijo estaban todavía en la feria. El tío Antolín sabía, porque se lo había dicho un arriero que había estado en la feria, que el chalán, de seis caballos que llevaba, había vendido cinco y se había marchado; que no iba sólo, que a la grupa del ca-

ballo llevaba un muchacho de unos catorce a quince años. «Ya resollará por alguna parte—dijo a la viuda—. Bien pue ser que se hayan alargao a otro pueblo pa comprar caballerías.» La mujer se volvió a su casa en extremo inquieta y temiendo que le hubiera sucedido algo a su hijo. Al día siguiente, el cartero entregó una carta al señor Antolín; era de Vicente, y decía así: «Padrino, cuando llegue a usted esta carta, yo estaré muy lejos del pueblo. A mí no me tira el oficio



de herrero. No me gusta forjar hierro, ni tampoco poner herraduras. Yo estaba resuelto a marcharme, y lo hubiera hecho un día u otro, aunque hubiera sido sólo; el chalán no me ha obligao a ná. En los libros que me prestaba Juanillo, el hijo del boticario, he deprendido yo muchas cosas de provecho, que ahora me servirán pa hacer fortuna. Dígame usted a mi madre que esté descuida, que aunque no he cumplido quince años, ya sé andar solo y encontrar mi conveniencia, y espero ser rico muy pronto. Que reciba un abrazo de

mi parte, y otro mi hermano, y vaya otro pa usted, padrino, y hasta otra se despide de usted su ahijao, Vicente Ramírez.» Quedó el señor Antolín aturrido con la lectura de esta carta. Pensando estaba cómo daría la noticia a la viuda, cuando ésta se presentó en la herrería. «He sabido del chico»—se apresuró a decir antes que ella le preguntara—. «¿Por qué no ha vuelto? ¿Está enfermo? «Sí, mujer—contestó con intención el herrero—. Está enfermo de la cabeza.» «¿Qué tiene?» «Mucho aire en la mollera; que el chico es, y

usted perdone, comadre, si le hablo con franqueza, más amigo de la holganza que del trabajo, y más de la plata que del cobre; que ha leído cuatro librotos que le prestaba el hijo del boticario, y se ha largao creyendo que en otra parte se atan los marranos con longaniza y que va a hacer fortuna. En fin, tome usted la carta que dél he recibido y así lo entenderá mejor.» La pobre mujer leyó la carta y fué acometida de tan fuerte desmayo, que hubiera caído al suelo a no haberla sostenido a tiempo el señor Antolín. (Continuará.)

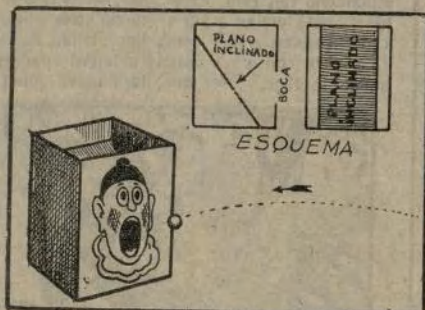


Ayuntamiento de Madrid



LOS IMPIOS NO COMPRENDEN LA ABNEGACION DE LOS CREYENTES

Un día, cuando el cólera hacía más víctimas en cierta capital, uno de los inspectores de sanidad se presentó de improviso en un hospital, seguro de encontrar abandonados los servicios por las religiosas. Su despecho fué grande al ver lo contrario, esto es, a cada una de ellas ocupando su puesto y cuidando con solicitud admirable a los enfermos coléricos. Tal espectáculo no sirvió para disipar su antipatía contra aquellas heroínas de la caridad. —«Qué hipócritas son» —se dijo para sí—. Ya iba a dar por terminada la visita, cuando oyó ruido en una habitación que estaba cerrada. Creyendo sorprender alguna irregularidad, abrió de improviso la puerta, y cuál no sería su sorpresa y su contrariedad al ver a una religiosa que se ocupaba en lavar y amortajar a un cadáver. —«Señora! —dijo el inspector—, ¿qué hacéis aquí? Eso no es de vuestro cargo, sino del mozo.» —«Es cierto —contestó confusa la religiosa—, pero advertir que el mozo es padre de numerosos hijos y estos cadáveres son de coléricos.» Ante tal contestación, ¿seguiría el inspector creyendo en la «hipocresía» de las religiosas?



EL TRAGA BOLAS

En la cara de un cajón de madera se pinta una cabezota que tendrá por base un agujero de unos diez centímetros de diámetro, y con ello tendréis un precioso traga bolas para pasar con él entretenidos ratos. Consiste el juego en coger seis bolas o pelotas y, tirándolas desde una distancia de cinco o más metros, meterlas por la boca del traga bolas. Cada vez que se hace blanco, o sea se mete una bola por la boca, se gana un tanto, y el que llegue antes al número de tantos convenidos, ese será el ganador. Para mayor comodidad en recoger las bolas, detrás de la tabla en que esté pintado el traga bolas, se pone otra formando ángulo, de forma que las bolas resbalen por ella y queden en la parte anterior del cajón.

JUEGOS DE NIÑOS



PARA DISTINGUIR UN HUEVO CÓCIDO DE UNO CRUDO

Alguna vez puede ocurrir que, sin darse cuenta, se mezclen huevos cocidos con otros crudos y luego, naturalmente, es difícil, sin partírlas, separar unos de otros.

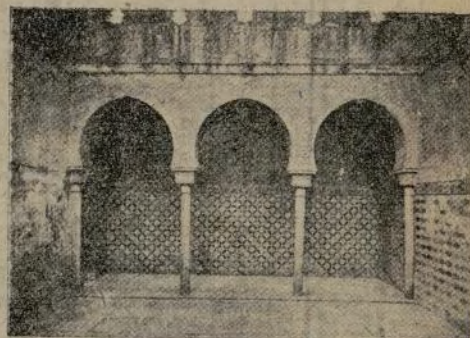
JEROMIN va a decir a sus lectores un procedimiento facilísimo, para lograr distinguir los cocidos de los crudos, sin necesidad de romperlos. Basta con cogerlos, uno a uno, y hacerlos «bailar» como si fuesen peonzas. Los que bailen bien, esos serán los cocidos, y los que bailen mal, los crudos. El secreto está en que en los últimos, como la clara no está adherida a la cáscara, no sigue bien el movimiento imprimido a ésta; en los cocidos, como todo forma un cuerpo sólido, el movimiento es uniforme.

RECREOS CIENTÍFICOS

ESPAÑA MONUMENTAL



La Alhambra.

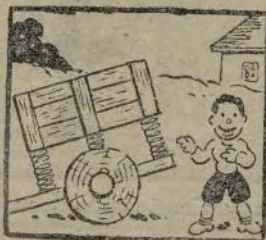


Las fotografías que publicamos hoy es-

tán tomadas: la primera, de la Casa Real, estilo mudéjar; la segunda (fíjense en el primer de arte y delicadeza), es un de-

talle del Patio de los Leones, y la tercera, de la sala principal de los Baños.

CON EL INVENTO QUE HIZO, LA CABEZA SE DESHIZO



Pascualito no se resigna a caminar a pie y fabrica un coche con un cajón de jabón, unas cajas de queso de «Gruyère»

y los muelles de un colchón viejo; satisfecho de su invento, engancha la borri- ca para dar un paseo; como tan prodi-

giosamente funcionan los muelles que cayó chocar con la luna, aunque con lo que chocó fué... ya lo véis.

Ayuntamiento de Madrid



Cuentos fantásticos

AVENTURAS DEL PRINCIPE
FRANCHIPANA

XI

—Mi traje os sorprende, bien lo veo— dijo al Príncipe el perro viejo—; es el traje de mis errores. Yo fuí rico en otro tiempo; fuí un perro bien acomodado, y tuve mis salones, mis coches, mis criados; pero mi mala conducta me ha hecho caer en la miseria, y me veo obligado, para comer, a escarbar la tierra que antes era mía, y que hoy es de los usureros que se apoderaron de mi fortuna.

—¿Dónde estoy, señor perro, si se puede saber?—preguntó el Príncipe.

—Estáis en el país de los perros sabios.
—¡Los perros sabios!—exclamó—. Algunos he admirado en mi pueblo natal, pero ignoraba que hubiera una ciudad propiamente de perros sabios.

—Perdonad, noble extranjero—, contestó el perro—, los perros sabios que habéis visto en vuestra patria, son viajeros que emigraron de Gramperrera, capital de mi país.

Y hablando, hablando, llegaron el Príncipe y el perro a Granperrera. El Príncipe no podía creer lo que vería.

Atravesó largas calles en las que a un lado y a otro había perreras de todos los colores, verdes, blancas, negras, amarillas, grises, y algunas de color de rosa. En medio de una gran plaza con árboles seculares, se elevaba una perrera gigantesca, enteramente dorada.



El acompañante del príncipe Franchipana le hizo saber que aquel espléndido edificio era la residencia del rey Perro de Pastor, elevado a tan alta dignidad por su utilidad reconocida sobre toda la superficie de la tierra.

En el momento en que el Príncipe pasaba por delante de la perrera Real, el magnánimo soberano Perro de Pastor jugaba al dominó con su primer ministro Pachón. Cerca del Rey y del Ministro, Terranova, condecorado con muchas medallas por sus actos heroicos, y Perro de Muestra, gran montero mayor, hablaban de los asuntos del día.

Una numerosa asamblea rodeaba al grupo principal, en la que se veían cortesanos como el Galguito, el Doguillo, el Ratone-ro, el Lebrél y otros.

Todos estos perros estaban vestidos con trajes de su profesión. El perro de Aguas peroraba como un sacamuelas; el de Prensa llevaba gallardamente su uniforme de general; el Lebel, con su traje de caza, contaba las más donosas mentiras acerca de su ligereza.

Algunos cochecillos arrastrados por gatos de pura raza y de media sangre, hallábanse en los ángulos de la plaza, adornada de una hermosa fuente monumental, sobre la que se veía la estatua de Leal.

perro del Monte de San Bernardo, célebre por haber salvado de la muerte, sacándolos de entre la nieve, a muchos viajeros.

El príncipe Franchipana, *maravillado, saludaba a derecha e izquierda a los altos y nobles personajes que veía, y no podía menos de sorprenderle la cortesía general del público, que, lejos de mostrar sorpresa, o curiosidad, o recelo, le dejaba libre el paso.

Bien se conocía que aquel era el país de los verdaderos amigos del hombre.

XII

Cuando el rey Perro de Pastor acabó su partida de juego de damas, el Príncipe se presentó respetuosamente ante el egregio Monarca.

Perro de Pastor oyó con bondadosa atención el relato del joven extranjero, y le dijo sonriendo, es decir, meneando la cola:

—Seáis bien venido a mi reino, a pesar de vuestra calidad de hombres, porque la primera ley de mi país es devolver bien por mal, y hacer con los demás lo mismo que quisiéramos se hiciera con nosotros.

El príncipe Franchipana dió gracias al Rey por su benevolencia, y le pidió permiso par apasar la noche en una de las perreras de la ciudad.

Perro de Pastor le otorgó con muy buena voluntad lo que solicitaba y dió orden a un perdiguero chambelán para que preparase un gran pastel, destinado al nuevo huésped que la suerte había enviado a aquel bien regido país.

En aquel momento fué conducido ante el Rey un perro que acababa de morder a un vecino; el Monarca en el acto le condenó a dos meses de collar, con lo que se afectó mucho el sentenciado y se le vió verter en silencio amargas lágrimas.

(Continuará.)















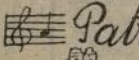




Cierta mula de regalo, hermosa, gorda y luciente, gracias a los buenos piensos que comía y a lo poco que trabajaba, decía a sí misma, reflexionando:

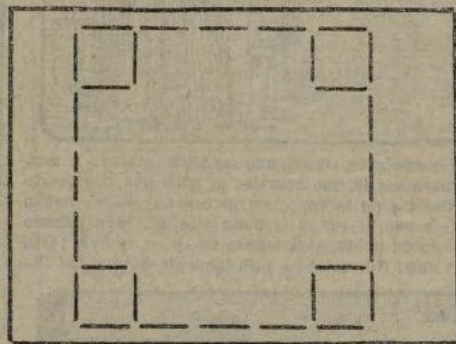
—Como me parezco tanto a mi madre, a quien nadie igualaba en ligereza, debo correr con velocidad extraordinaria. Y para convencerse de que su juicio era exacto y poner de manifiesto sus aptitudes para la carrera, un día echó a correr, pero, aunque lo hizo con toda la velocidad que sus patas le permitían, no tardó en convencerse de que se forjó ilusiones, en vista de lo poco que avanzaba. Entonces se detuvo exclamando: —«Ay, misera de mí! ¡Había olvidado que mi padre fué un borrico muy calmoso, y creí descender de un caballo veloz!»

A los necios que en la prosperidad se desconocen a sí mismos, la adversidad les advierte sus errores.—ESOPÓ.

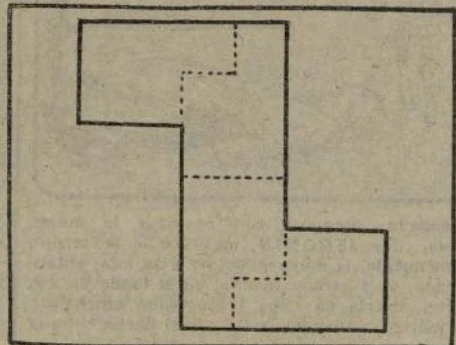


Queri 2A **NOTA** qui To Vuel-
no hoy a   N  
que pro  Dis  industria
nacional X que D esa for-
ma contribuis a que me-
jo **NOTA**  tración eco-
NEGACION mica D **NOTA** Patria
y a que  N gan trab D los
obre  y X lo  ten-
gan  sus hijos. P  
rir lo extran Gro a lo na-
cional, es hacer  a
 Patria llevan 
 . Os abraza *Jeromius*

PROBLEMA



Cambiar la posición de doce líneas de forma que resulte una cruz de brazos en ángulo.



Solución al problema del número anterior

ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

- 1.º Ciento en su campo,
todos tienen el arranque blanco.
- 2.º En la escala musical
tres notas has de escoger,
que, debidamente unidas,
nombre de un pueblo den.

(Las soluciones en el próximo.)

Soluciones del anterior.

- 1.^a La inocencia.
2.^o El jabón.

La España Gloriosa



¿Qué chico no siente en su alma el noble deseo de ser héroe? El que más y el que menos, cuando leen la historia de los hombres célebres, ya sea por su valor, ya por su ciencia o por su virtud, sueñan con llegar a ser un valiente general, un sabio o un santo. Por esto es por lo que JEROMÍN quiere hacer desfilar ante sus jóvenes lectores las grandes figuras de nuestra gloriosa patria, pues tales sentimientos, esto es, los nobles deseos de llegar a ser algo grande, nunca dejan de beneficiar al que los siente, aunque los acontecimientos de la vida no den ocasión a llevarlos a cabo.

Hoy empezamos a narrar la historia de un gran guerrero español, de Gonzalo Fernández de Córdoba, conocido en el mundo entero por el sobrenombre de «El Gran Capitán», conquistado muy legítimamente en los campos de batalla. Nació este esclarecido soldado en Montilla (Córdoba) el 16 de marzo de 1453.

Aunque sus padres eran ricos, él carecía de bienes de fortuna, pues, según las leyes de entonces, el único heredero era el primogénito, y Gonzalo no lo era. Fué educado en Córdoba por don Diego Cárcamo, discreto caballero, que supo inculcarle sentimientos nobles, generosos, de valor, de amor a la gloria y cuantas virtudes deben resplandecer en un gran caballero cristiano. Siendo muy joven se alistó de paje con el infante don Alfonso, que disputaba el trono de Castilla a su hermano don Enrique IV. Al morir don Alfonso, Isabel, la que habría de ser la gran reina, apellidada la Católica, conocedora de los dotes del joven paje, Gonzalo, le llamó a su lado. Casada Isabel con Fernando V de Aragón y ya reina de Castilla, muerto Enrique IV, siguió distinguiendo y protegiendo a Gonzalo, que por su arrogante porte, por la distinción de sus modales, por su exquisito trato, viveza de ingenio y conversación culta, amena y elocuente, logró en la Corte extraordinarias simpatías. Estaba dotado de robustas energías físicas, era muy diestro en toda clase de ejercicios militares, cosa entonces muy apreciada, «en las cabalgatas, fiestas y torneos, dice Quintana», manejando las armas a la española o jugando con ellas a la morisca, siempre se llevaba los ojos tras de sí, siempre arrebatava los aplausos y las voces unánimes de los que le contemplaban, le aclamaban príncipe de la juventud.

Como consecuencia a tanto aplauso y a tanto mimo en medio del fausto de la Corte, Gonzalo trataba de realizar sus naturales encantos vistiendo con lujo estruendo y derrochando con regia largueza: en sus muebles y en su mesa brillaba siempre el fausto y el buen gusto. Su hermano, que era el que subvenia a sus necesidades, alarmado ante tales liberalidades, le aconsejaba moderación, asegurándole que sus larguezas daban motivo para que se burlaran de él los mismos que de ellas se beneficiaban. Pero Gonzalo contestaba a su hermano asegurándole que así daba honor al ilustre apellido de la familia. Hasta en la guerra hacía alarde de lujo, y mientras los demás oficiales procuraban presentarse en los combates vestidos de forma que no llamasen la atención del enemigo, él se esforzaba en distinguirse por su armadura brillante, por las plumas de su yelmo y por las ricas telas de púrpura con que se adornaba, también acostumbraba a rociarse con

(Continuará.)



UN CAMELLO EN EL DESIERTO - POR GULMAN RRANA - VILLAFRANCA - NAVARRA



ASTURIAS Y NAVARRA

"MARINA"
LEANDRO PEREZ OVIEDO



CHISTE

El juez.—¿Cómo rompió usted el paraguas sobre este caballero?

El reo.—No se preocupe, señor juez, el paraguas no valia la pena: era de cinco pesetas.

Juvencio Maganto, Mérida.

COLMOS

—¿Cuál es el colmo de la economía?
—Mirar por encima de las gafas para no gastar los cristales.

Antonio Rogel, Santafé.

—¿Cuál es el colmo de un artillero?
—Pelear con una batería de cocina.

Manuel Esquivias, Sevilla.

—¿Cuál es el colmo de un hortelano?
—Regar una col... mena.

Gabriel Sánchez, Alcantarilla.

—¿Cuál es el colmo de un guardia de la circulación?

—Poner orden en las vías... respiratorias.

Manuel González, Escalonilla.

Chiste.—Un niño a otros.—Anoche, en mi casa, cantó la gramola.—Un chico no sabía lo que era una gramola y entendió gran bola. Llegó a su casa y dijo: —Papá: ¿qué es una gran bola?—El papá: —Una bola muy grande.—El niño: —Si dicen que tocó anoche.—El papá: —Claro, y dijeron gran bola porque era mentira.—F. Martín.

ROMPECABEZAS



1.º Si trazáis una línea uniendo los puntos desde el 1 al 37, veréis lo que atrae la curiosidad de esos niños.



LA MAS AMENA Jeromin LA MAS INSTRUCTIVA

REVISTA ILUSTRADA PARA JÓVENES SEMANAL CON CENSURA ECLESIASTICA DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN CALDERÓN DE LA BARCA, 4. MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIONES. UN EJEMPLAR, AÑO 5.20; POR PAQUETES, A RAZÓN DE 8 CÉNTIMOS EJEMPLAR

LOS PAGOS ADELANTADOS

••• TELÉFONO: 18491 •••





Jim Aitken y Joe Black eran los hijos de dos ricos colonos del Canadá. Estos, en un día de fiesta, habían emprendido una larga excursión, y cuando ya hacía un rato que habían comido, emprendieron el regreso a su rancho. Ya llevaban un buen trozo de camino andado, cuando encontrándose cansados decidieron descansar en un



pequeño montículo, al lado del cual pasaba la línea del ferrocarril. Al poco rato de estar descansando, vieron a lo lejos aparecer un mercancías que no llevaba mucha velocidad. De repente le vino a Joe una idea luminosa: «Oye, ¿qué tal te parecería si hiciéramos el viaje en el mercancías, que nos deja a dos pasos de casa?» «Pues lo mismo



estaba yo pensando»—añadió Jim—. Poco tiempo después pasaba el mercancías y los dos muchachos saltaron a uno de sus vagones. A los cinco minutos, ya se hallaban colocados debajo de una lona que cubría unos barriles y allí se colocaron para no ser vistos. Claro es que no iban muy cómodos, pero se hacían el cargo que por el precio no



podían exigir más y además comprendían que mucho más penoso hubiera sido el viaje andando, pues estaban muy fatigados. Así iban los dos, sin hablar palabra, cuando... repentinamente, oyeron voces de hombres que hablaban, y cuál no sería la sorpresa de estos dos pobres chicos al saber que no eran ellos solos los que viajaban clau-



destinamente. «Estos también han tomado el tren como nosotros»—dijo Jim a su compañero—. «Vamos a ver lo que hablan» —añadió Joe—. «Conforme»—dijo Jim—; no sé si me equivocaré, pero me parece que son salteadores de trenes. De todas maneras, vamos a ver qué es lo que dicen.» Acto seguido se deslizaron silenciosamente por el vagón



y al poco rato se encontraban al lado de los salteadores, claro es que sin ser vistos por los mismos. «El mejor lugar que podemos escoger para el atraco es Lone Pine»—decía el que parecía el jefe a sus dos compañeros—. Jim y Joe, al oír esto, se miraron el uno al otro, comprendiéndose los dos con la mirada. En seguida, como movidos por el mismo



impulso, se deslizaron otra vez por los vagones, hasta llegar al que se encontraba el jefe de expedición, con el propósito de darle cuenta de lo que pasaba. El jefe de expedición, como fácilmente se puede comprender, quedó asombrado al oír el relato de los chicos, y aun con mayor motivo al no acertar cómo lo habían oído los muchachos, pues éstos callaron su historia. Por un



sistema secreto de señales, pudo enviar un mensaje a la policía de la próxima estación, a fin de darla cuenta del hecho. Los tres salteadores, cuando llegaron a la estación, no acertaron a comprender quién les había descubierto. El caso fué que la policía se hizo cargo de ellos, y con gran satisfacción por parte de Jim y Joe, fueron conducidos inmediatamente a la cárcel del pueblo. Una



vez que el tren reanudó la marcha, los chiquillos subieron al vagón del jefe, y no temiendo nada por parte de éste, le confesaron su travesura, pero el jefe, agradecido por el servicio que éstos le habían hecho, no sólo no les regañó, sino que les invitó a una suculenta merienda, haciendo el viaje con el jefe hasta que llegaron a la estación más inmediata a su rancho.

HISTORIA DE UN MOZALBETE APELLIDADO «CHURRETE» (Continuación.)



Desde mucho antes de llegar comenzó «Churrete» a oler a carne asada, y se le abrió el apetito de tal modo, que comenzó a comerse los plátanos del ces-

to. Cuando el negrazo llegó al rancho, no quedaba un plátano, y al descargarse el cesto y encontrarse con «Churrete», fué tal el susto que se llevó, y con

él todos los negros, que huyeron despavoridos. (Continuaremos en el próximo número.)